

siciones aparentemente disparatadas y absurdas; asertos que chocan violentamente con la experiencia y la lógica común. La mayoría de los «imposibles» vallejianos, que en los mejores casos constituyen algunos de los grandes aciertos expresivos del poeta, contradicen las leyes físicas. A este tipo pertenecen versos que se han grabado en la memoria de todo lector de Vallejo, como, por ejemplo, «¡qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga» (205), o como «y subo hasta mis pies desde mi estrella» (221), o también como «por el trote del ala a pie volando» (255). Un estudio ejecutado de manera sistemática nos mostraría una gran variedad tipológica de «imposibles»: se trata de absurdos temporales («paso la tarde en la mañana triste» [218]), espaciales («jamás tan cerca arremetió lo lejos» [222]), matemáticos («¡cuánto catorce ha habido en tan poco uno!» [229]), prácticos («por el analfabeto a quien escribo» [285]), psicológicos («¡Todo está alegre, menos mi alegría» [221]), económicos («el que paga con lo que le falta» [262]), metafísicos («Murió mi eternidad» [181]), etc. Como puede notarse, entre los versos que acabo de citar, se hallan algunas de las más memorables formulaciones poéticas de Vallejo. A estos enunciados, poéticamente felices, se podrían añadir otros, que el poeta ha formulado asimismo por medio del adínaton y que se han vuelto igualmente memorables: «vámonos a beber lo ya bebido» (236); «acaba de sentarse de pie, lívido» (240); «¡Levantarse del cielo hacia la tierra / por sus propios desastres / y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!» (246); «aquel... que suda hoy para adentro su secreción de sangre rehusada!» (230); «¡Oh profesor, de haber tanto ignorado!» (264); «mi pequeñez en traje de grandeza!» (281); «¡Liberador ceñido de grilletes» (283); «pompa / laureada de finísimos andrajos!» (295). A veces, la capacidad de captación y síntesis filosófica que tienen estos «imposibles» es realmente asombrosa, lo que constituye una prueba más de su entronque con la conceptuosidad conceptista, que tiende a una fulgurante concisión. Sirvan de ejemplo los dos versos que dicen: «y cautivo en tu enorme libertad, / arrastrado por tu hércules autónomo...» (269); el segundo de ellos, en especial, me parece uno de los versos más potentes de *Poemas humanos*, ya que en su imagen exacta y expresiva se condensa una entera filosofía: pongamos la teoría de la voluntad en Schopenhauer.

Una modalidad muy frecuente de la contraposición vallejana consiste en el paralelismo consecutivo de dos sintagmas o proposiciones, cuyos miembros se corresponden en el orden sintáctico, pero contrastan, parcial o totalmente, en el aspecto semántico: «bajar mirando para arriba, / ... subir mirando para abajo» (209); «¡Paquidermos en prosa cuando pasan / y en verso cuando páranse» (211); «¡Rotación de tardes modernas / y finas madrugadas arqueológicas!» (212); «y más allá, la marcha de tus vivas / y más acá, tus muertas legendarios» (219); «al rey del vino, al esclavo del agua» (224); «y repercute jefe, suena subordinado» (227); «Ladrones de oro, víctimas de plata» (233); «sabiendo que ando cautivo, / sabiendo que yaces libre!» (249); «y urge tomar la izquierda con el hambre / y tomar la derecha con la sed» (251); «... vivías / de nada y morías de todo» (251); «más de una vez al cuerpo, / y, menos de una vez, al pensamiento» (260); «el justo sin espinas, / el ladrón sin rosas» (262); «el niño, que cae y aún llora / y el hombre que ha caído y ya no llora!» (262). De este paralelismo antitético procede, invirtiendo el orden semántico o sintáctico de la segunda parte del enunciado, la figura especular que veremos a continuación.

Ninguna de las anteriores especificaciones del contraste patentiza tanto su estirpe conceptista como la que los diccionarios llaman conmutación o retruécano, y que, en su forma más sencilla, puede hallarse en el adagio: «Come para vivir; no vivas para comer». Hemos citado antes dos ejemplos de Quevedo, pero, para poner de relieve el hondo arraigo de esta figura en el estilo barroco, citaremos ahora entero un soneto de Sor Juana Inés de la Cruz, basado en una serie de tres retruécanos: «En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas? / ¿En qué te ofendo, cuando sólo intento / poner bellezas en mi entendimiento / y no mi entendimiento en las bellezas? // Yo no estimo tesoros ni riquezas; / y así, siempre me causa más contento / poner riquezas en mi pensamiento / que no mi pensamiento en las riquezas. // Yo no estimo hermosura que, vencida, / es despojo civil de las edades, / ni riqueza me agrada fementida, // teniendo por mejor, en mis verdades, / consumir vanidades de la vida / que consumir la vida en vanidades». ²⁷ Como puede notarse, se trata de quiasmos, es decir de una ordenación de palabras en forma de cruz o de un paralelismo invertido. La inversión puede ser semántica, como en los tres ejemplos sorjuaninos que acabamos de alegar, o sintáctica, como en este otro quevedesco: «que nunca duerma yo, si estoy despierto, / y que si duermo, que jamás despierte». ²⁸ Para que haya quiasmo, no es menester que los binomios sean semánticamente idénticos o sinónimos; basta con que mantengan una correlación de significado, que por lo general es de contraposición. Casos de quiasmo semántico en Vallejo: «con su prosa en verso, / con su verso en prosa» (228); «La oruga tañe su voz, / y la voz tañe su oruga» (236); «¿Qué me importan los fusiles / ... / si la bala circula ya... / ¿Qué te importan a ti las balas, / si el fusil está humeando ya...» (244); «¡Amado sea / el que tiene hambre o sed, pero no tiene / hambre con qué saciar toda su sed, / ni sed con qué saciar todas sus hambres!» (262); «¡Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!» (284); «Málaga... donde nació mi muerte... / y murió... mi nacimiento!» (298); «¡Cuídate de la hoz sin el martillo, / cuídate del martillo sin la hoz / ... / ¡Cuídate de las calaveras sin las tibias, / y de las tibias sin las calaveras!» (302). Veamos ahora brevemente algunos casos de quiasmo sintáctico en el mismo Vallejo: «vida con el punto y, con la línea, polvo» (211); «pero, donde comí, cuánto pensé! / pero cuánto bebí donde lloré!» (259); «hablarán los mudos, los tullidos andarán!» (284). Citemos, en último lugar, este caso complejo, que es un enredo de paralelismos antitéticos y quiasmos, engastados unos en otros: «Ladrones de oro, víctimas de plata: / el oro que robara yo a mis víctimas, / ¡rico de mí olvidándolo; / la plata que robara a mis ladrones, / ¡pobre de mí olvidándolo!»

Nos queda por decir, en esta sección, que César Vallejo no sólo asimiló los procedimientos formales del conceptismo barroco, sino que compartió con él también un contenido fundamental como el del binomio «vida-muerte». Nuestro siglo existencial y existencialista (Unamuno, Heidegger), con su peculiar sentimiento del tiempo, con su angustia y su agonía vitales, encuentra en ciertas páginas de Quevedo o de Gracián anticipaciones que, aisladas de un contexto que por fuerza tiene que ser distinto, im-

²⁷ Obras completas, I, Lírica personal, edición de A. Méndez Plancarte (México, Fondo de Cultura Económica, 1951), pp. 277-278. Llamamos la atención sobre los versos que contienen retruécanos, poniéndolos en letra cursiva.

²⁸ Francisco de Quevedo, Obras completas, I, Poesía original, cit., p. 366.

presionan por su modernidad. «Todos los que viven, si fuesen buenos, tienen obligación de saber lo que es la muerte, pues no pueden vivir sin morir. El muchacho en que murieron siete años de niño, y el mozo en quien murieron veinte y cinco, saben lo que es la muerte, como el viejo en que murieron ciento», afirma Quevedo en su carta a don Manuel Serrano del Castillo,²⁹ y en su poema *El escarmiento* hallamos versos como los siguientes: «vivo como hombre que viviendo muero, / por desembarazar el día postrero»; «Nací muriendo y he vivido ciego, / y nunca al cabo de mi muerte llego»; «muriendo naces y viviendo mueres».³⁰ Vallejo radica profundamente en esa línea «agónica» hispánica, diría española, en que vida y muerte, nacimiento y defunción se oponen y se componen, constituyendo el eje de un incommovible sentimiento metafísico. Los versos o enunciados que citaré hablan por sí solos: «La vida me ha dado ahora en toda mi muerte» (190); «¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!» (246); «En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte» (249); «Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues, / si mueres...» (268); «¡oh, no ser aún ese hombre / por el que te mató la vida y te parió la muerte» (286); «el haber de una vida en una muerte» (287); «Herido mortalmente de vida» (295). La lista podría alargarse, ya que se trata de la pareja semántica esencial y más recurrente en la poesía de Vallejo.

Ley de sustitución

El recurso vallejiano más importante, entre los que obedecen a la ley de sustitución, es el que podríamos definir «locución anómala», es decir un modismo o una frase hecha en la que el poeta introduce una variación semántica que, aun alterando profundamente su sentido y hasta volviéndolo oscuro, permite reconocer la fórmula originaria.³¹ Por ejemplo, expresiones tan llenas de patetismo vallejiano como «con un pan al hombro» (266), «un pedacito de café con leche» (268), «con el dorso de una lágrima» (288) revelan sin dificultad las frases corrientes más probables sobre las que han sido construidas y que parecen ser, respectivamente: «con un fusil [o un talego] al hombro»; «un pedacito de pan [o de carne], o sea de algo de comer, no de beber»; «con el dorso de una mano [o de una hoja o de una página]». Lo decisivo para nuestro tema es que se trata, una vez más, de un medio expresivo explotado por los conceptistas barrocos. En Quevedo, por ejemplo, pueden encontrarse locuciones paródicas como «hablar a cántaros»³² (cuya base es «llover a cántaros»), expresiones calificativas como «Mátalas hablando»³³ (que deriva del lexicalizado «Mátalas callando», sinónimo de «taimado» o «hipócrita») o versos como éste: «Trompetilla, que toca a bofetadas»,³⁴ cuya locución

²⁹ Obras completas en prosa, cit., p. 1283b.

³⁰ Obras completas, I, Poesía original, cit., pp. 14-15.

³¹ Llamé «calcos» a estas locuciones anómalas en mis «Studi introduttivi» a César Vallejo, Poesie (Milano, 1964), pp. CXCIV-CXCVI. José Pascual Buxó volvió a enfocar el problema en un notable artículo: «Uso y sentido de las locuciones en la poesía de César Vallejo», Anuario de Filología, Universidad del Zulia, Maracaibo, n.º 6-7 (1968), pp. 167-180. Francisco Martínez García amplió la investigación en su libro César Vallejo. Acercamiento al hombre y al poeta (León, 1976), cap. «La frase alterada», pp. 253-275.

³² «Visita de los chistes», Los sueños (Madrid, Espasa-Calpe, 1961), I, p. 209.

³³ Ibídem, p. 290.

³⁴ Obras completas, I, Poesía original, cit., p. 559.